

El diálogo entre *Hermes* y *España*

Dr. José-Carlos Mainer

Universidad de Zaragoza

Comparación de los contenidos temáticos de la revista *España*. Semanario de la vida nacional (1915 - 1924) en su relación con los de la revista *Hermes*.

España eta *Hermesen* arteko elkar hizketa

España aldizkaria 1915tik 1924ra argitaratu zen eta *España* eta *Hermesen* argitaratu ziren artikulak aldentzen dira, edukiak aztertuz.

The Dialogue between *Hermes* and *España*

A comparison of the subjects covered by the journal *España*, a weekly publication about national events (1915-1924), in relation to those covered by the journal *Hermes*.

Lo señaló, con la lucidez imprevisible de los orates, Ernesto Giménez Caballero, al entrevistar para sus lectores de *El Sol* al pedagogo Lorenzo Luzuriaga (26 de marzo de 1928): “Como la casta montañesa de los Viking en el mundo ario, así descendió sobre el mundo español -hace una docena de años- la casta de los “Agas” nórdicos. ¿Qué casta esa de los “Agas”? La de los vascos: Luzuriaga, Olariaga, Madariaga, Usandizaga, Zuloaga... Y sus coterráneos y sinónimos (“Agas” honorarios) Urgoiti, Echevarrieta, Unamuno, Baroja, Grandmontagne, Araquistáin, Zulueta, Abascal, Bastera, Salaverría, Urabayen, Arteta, Echevarría.... No citemos más. Una casta auténtica: una minoría selecta, montañesa y conquistadora que, como una hueste de ases, se abalanzó sobre la península e instaló su genio director en los negocios culturales españoles (¿Hace una docena de años? Digamos mejor, del 900 a la Gran Guerra). Del 900 a la fundación de EL SOL, 1917: supremo campamento de los “Agas”, reducto hercúleo de los bravos montañeses, de los Vikings vascos, regidores de la nueva España” (*Visitas literarias de España (1925-1928)*, ed. Nigel Dennis, Pre-Textos, Valencia, 1995, p. 351).

Tenía toda la razón el redactor de aquellas *Visitas*: el ciudadano español de los años veinte podía tener la impresión de lo vasco se había puesto de moda. Vascas eran las empresas hidroeléctricas, la nueva siderúrgica de Sagunto y los grandes bancos; los jugadores de fútbol de la “furia española” y el primer boxeador hispano -Paulino Uzcudun- de renombre internacional, los más activos diplomáticos y los jesuitas más habilidosos, los pintores de más empuje -la Asociación de Artistas Vascos exponía ya en toda España con éxito continuo- y los músicos más prometedores, como el malogrado Usandizaga o el triunfador Guridi. La clase media española empezaba a tener como ideal profesional para sus retoños un título de ingeniería industrial por la escuela de Bilbao y como lugar ideal de veraneo una playa del norte; se hizo casi aristocrático el bacalao (que había sido, por mucho tiempo, la proteína del proletario) y los libros de cocina de Nicolasa o El Amparo se convirtieron en breviaros de las amas de casa del resto de España; los jóvenes burgueses adoptaron como atuendo estival los pantalones blancos y los jerseys azul marino en un afán -que sobrevivirá a la guerra civil, incluso- de parecer “chicarrones del Norte”, mientras que más de un edificio residencial de la España del interior adoptó las formas, entre austeramente campesinas y deliciosamente helvéticas, de las residencias más empingorotadas de Neguri y Las Arenas.

Hermes, nuestra revista, estuvo en la raíz misma de todo esto. Su número 7 (julio de 1917), recogía en sus primeras páginas, el discurso “Sobre el localismo” que Ortega y Gasset pronunció en el banquete con que la revista celebró su aparición en el madrileño Hotel Palace (Ortega romperá en el cercano septiembre con su vieja fidelidad familiar a *El Imparcial* -por culpa de la publicación de su artículo antimonárquico “Bajo el arco en ruina”- y al final de otoño desembarcará con armas y bagajes en la redacción de *El Sol*, que Nicolás María de Urgoiti lanzará el 1 de diciembre): en España, viene a decir, ha hecho

agua “el ensayo a la manera que Francia organizando nuestro cuerpo nacional con una cabeza única” que es Madrid, y esto ha sido el “fracaso de nuestra ciudad carpetovetónica, como órgano único de capitalidad”; hay que pensar en otro paradigma y, por eso, paseando por el Arenal, ha dado en preguntarse “¿cómo es posible que estos bilbaínos, conocedores del peso que en la vida económica peninsular representa Bilbao, no tengan el orgullo suficiente para que su ciudad cobre un peso adecuado en la política y en la cultura españolas?”. España ha de reconstruirse de otra manera y si, en Grecia, el auge del clasicismo se debió a “la emulación y controversia de las tres razas helénicas”, “¿por qué no aspirar a una España que sea amplísima armonía donde hallen fecunda resonancia todas las melodías peninsulares -y en ella den su eco emocionado como en un corazón innumerable?”. Era retórica nacionalista, por supuesto, pero las hay más siniestras y de peor prosa... Quizá, de todo el número de *Hermes* en que vienen las palabras de Ortega, lo más revelador del talante de la revista y de la paladina añoranza del pensador madrileño era el reportaje fotográfico a propósito de la botadura del mercante “Artagan-Mendi”, orgullo de los astilleros Euskalduna y buque de la flota de los “Mendi” con que la Naviera Sota y Aznar recorría todos los mares del mundo (Ramón de la Sota, el dueño de aquel tinglado empresarial, aparecía en una de las fotografías saludando sombrero en mano al barco en la ría).

España. Semanario de la vida nacional (1915-1924) pensaba lo mismo que Ortega. A la altura de 1917, bajo la dirección del cántabro (aunque Giménez Caballero lo titulara vasco) Luis Araquistáin, era una revista de inequívoca “izquierda plural” (diríamos hoy) que llevaba a cabo una feroz campaña aliadófila y de moralización de la vida pública. Los números 104 y 105 (coetáneos del primer *Hermes*, 18 y 25 de enero de 1917) dan a conocer la lista de adherentes a la Liga Antigermanófila (de la que Azaña dará razón en una inteligente conferencia de ese año, “Los motivos de la germanofilia”), agrupados -como ya desde 1898 era uso en ese tipo de documentos- por oficios y funciones: artistas, catedráticos, maestros nacionales, profesores mercantiles, publicistas, diputados y senadores, alcaldes y concejales, ingenieros, médicos, abogados, comerciantes e industriales, varias profesiones. Pero ya en el número 107, de 8 de febrero, halla hueco para insertar una nota de elogio a los colegas vascos: *Hermes* es “admirable de presentación” y “viene esta revista a cooperar en la obra de “afirmación espiritual de la raza” (...) No se trata pues de una revista regional sino más bien de todo lo contrario. No busca, exaltando los valores y las bellezas del país vasco, hacer un vano alarde o satisfacer un orgullo, sino aportarlo a la obra común y reconocerlos en cuanto trascendentes y universales” (más tarde, en el número 132, 9 de agosto de 1917, la redacción de *España* vuelve a felicitar a su hermana vascongada con motivo del número extraordinario dedicado a Ignacio Zuloaga, que fue la octava entrega de *Hermes*).

¿Otra vez la misma retórica de Ortega y la misma pretensión simultánea de servir al País Vasco y a España? No nos engañemos: aquella ilusión se había

hecho carne en la propia revista. La reveladora “Galería de valores” que acompañó a cada número se abrió con el retrato de Ramiro de Maeztu, cuyo significado “español” era indudable y mucho más en el trance de *guildismo* que pasaba, y de cuyas premisas dio cuenta en un largo artículo de aquel número. Y en aquella entrega, Pedro Murlane Michelena (“Los amigos del país”) traía a colación a la vieja y entrañable compañía de los “caballeritos de Azcoitia”, porque Xavier de Munibe y sus amigos habían hecho lo mismo que ahora pretendía *Hermes*: “Así restauran la tradición de nuestra Enciclopedia, henchida de libertad y de calor humano” (en *Momentum catastrophicum*, pocas fechas después, fue Pío Baroja el que añoró a los nobles ilustrados y suspiró, como es sabido, por una “República del Bidasoa, sin frailes, moscas ni carabineros”, y, sobre todo, sin *bizcaitarras* o *chapelchiquis*). Pero quizá se pueda argüir que Murlane, presidente de los contertulios del Lyon D’Or, representaba la vertiente más “españolista” de *Hermes*, como el poeta Ramón de Bastera o el prosista Rafael Sánchez Mazas y sus interesantes “Diálogos del pasajero”, y por ende la mercancía averiada que, tras muchos avatares, acabó por ser consignada a la fundación del fascismo español (doce años después y mediando la crisis revolucionaria de 1917, la *marcia su Roma* y tantas otras cosas). En aquel momento, el joven “Imanol”, Manuel de Aznar Zubigaray, futuro director de *El Sol* de 1931, historiador de la “Cruzada” y diplomático de Franco, encarnaba la nueva frontera ideológica de la Comunión Nacionalista y se permitía dictar “Una lección de nacionalismo”, por cuenta de ... una encuesta aparecida en una revista japonesa. Se había preguntado a varios intelectuales nipones a qué ciudad europea desearían que se pareciera la suya. Y Aznar había encontrado que la respuesta más hermosa era la de quien decía que debía parecerse a sí misma pero con un rincón en el puerto adonde llegara la ruta que conducía a Inglaterra. Y, tras aprobar ese programa de identidad con ventanas al exterior, concluía: “Parecernos a nosotros mismos es fruto de alta filosofía. La que nos lleva a luchar por el espíritu, como luchan los hijos de Francia con sus bayonetas, por nuestros oficios y nuestras fiestas, por nuestras veledas y nuestras inquietudes, por nuestros ríos, por nuestra lengua entrañable y nuestra casa solar”.

Lo uno y lo otro... Es sabido que en el convulso parlamento que sucedió a la crisis de 1917 Niceto Alcalá Zamora acusó a Francesc Cambó de pretender ser “el Bolívar de Cataluña y el Bismarck de España”, frase felicísima que no hubiera mejorado el mismo interesado de haberse parado a definir sus objetivos. Los años de 1914-1923 parecen ser la revancha y, a la vez, la continuación de los años tormentosos y turbios en torno al 98. Todo está otra vez sobre la mesa, el Estado y la Nación, pero ahora va en serio y sin el lastre moralizante del “regeneracionismo”, ni la retórica sentimental del “Desastre”. El ensayo de una acción intelectual que fue la revista *Vida nueva* es ahora la solidez de *España*. El pretexto internacional que era entonces el “latinismo” declamatorio (*À quoi tient la supériorité des Anglo-Saxons?* fue el libro de Edmond Demolins que tradujo Santiago Alba) venía ahora reemplazado por

los acontecimientos más expresivos de la Gran Guerra. El catalanismo iberista de los grandes cantos hispánicos de Joan Maragall contaba a la fecha con una sólida trama institucional en Cataluña. Aquello fue el ensayo general y esto era la obra de verdad. El vasquismo montaraz y racista de entonces adoptó ahora también este designio de reforma. Y de reordenación del romántico patriotismo inicial. *Hermes* coincide casi con la fundación barcelonesa de *La Revista* (abril de 1915) que dirigen dos poetas, Joaquim Folguera y Josep Maria López-Picó, y que fue el refinado vehículo cultural de la generación *noucentista* (Carles Riba, Josep Carner, Ferran Soldevila, Agustí Esclasans, Josep Maria de Sagarra) y su concepto exigente y ciudadano de lo intelectual; desde 1914, la Mancomunitat de las antiguas Diputaciones Provinciales de Cataluña inició una fértil actividad educativa que, muy pronto, puso las bases de un país nuevo.

Pero también en el resto de España se percibieron los cambios. De aquellas fechas fue la aparición, más o menos modesta, de movimientos de afirmación regionalista que, muy a menudo, hallaron abiertas las páginas de nuestra tan citada *España*: el sevillano Blas Infante publica *Ideal andaluz* en 1915; en 1919 los aragonesistas de Barcelona sacan a la luz la revista *El Ebro* que había de perdurar hasta 1936; en 1915 el notario de Frómista, Julio Senador hace imprimir *Castilla en escombros* y en 1918, *La ciudad castellana. Entre todos la matamos*; en 1919 el Ateneo de La Laguna celebra la “Fiesta de los Menceyes”, certamen poético con visos políticos, en la línea de aquellos Juegos Florales que, desde 1880 habían sido acicate de muchos otros regionalismos... Sin embargo, no sólo es cuestión de política casera ni de reformulación de viejas querellas provinciales. Las letras españolas parecen despegarse ya del modelo subjetivista y romántico de fin de siglo y avanzar por un territorio de exigencia estética y de objetivación. El proceso es patente incluso en escritores cuyos orígenes estaban estrechamente vinculados a las pasiones del 98: el Unamuno de *El Cristo de Velázquez* (1919; un fragmento se publicó en la primera entrega de *Hermes*) o de *La tía Tula* (1921), ya no sólo es el publicista provocador de principios de siglo; ni el Baroja del melancólico dietario *Las horas solitarias* (1918) es el desazonado y combativo de *Camino de perfección*. Y no digamos el circunspecto Azorín, si comparamos el suave nacionalismo estético de *Los valores literarios* (1915) y el corrosivo nihilismo de *La voluntad*. O si hacemos lo propio con el Valle Inclán de las *Sonatas* y el explosivo de 1920, año de *Luces de bohemia* y *Divinas palabras*. La tónica del momento la proporcionan el tono reflexivo del mejor Ramón Pérez de Ayala, la gravedad y la densidad estética de Gabriel Miró, la nueva poesía de Juan Ramón Jiménez o el chisporroteo creador de Ramón Gómez de la Serna: las “greguerías” y el *Diario del poeta recién casado*, las “novelas poemáticas de la vida española” y *Años y leguas* son las obras que marcan la tónica de estos días, al lado de las *Meditaciones del Quijote* (1914) de Ortega, verdadero manifiesto de la reconciliación de los idealistas con la realidad.

Y a todos aquellos hombres les interesaba Bilbao como crisol de una nueva comunidad civil. La revista *España* celebró la singularidad de la ciudad en un número extraordinario (231, 11 de septiembre de 1919) cuya portada ilustró Aurelio Arteta -el autor del símbolo de *Hermes*- con el dibujo “Cargadora bilbaína”. Colaboraron Unamuno, con un precioso recuerdo de su infancia y el espíritu liberal de Bilbao y de Vizcaya (“con v y c y sin ridículas tonterías heterográficas de *jebos* supersticiosos e ignorantes”), y Ramiro de Maeztu que en “Dinero y espíritu” cantó, muy en su neocalvinismo de aquellos días, la estrecha unión de ambas cosas. Se reprodujo un escrito inédito de Tomás Meabe, el socialista, al pie del bello retrato que le hiciera Alberto Arrúe, y Joaquín de Zuzagoitia (“Las letras en el País Vasco”) proclamó a Baroja y Unamuno como los mayores escritores de la tierra, frente a Arturo Campión o Luis Eleizalde (al primero, “atraído por un pernicioso misticismo social -el más pernicioso de todos los misticismos-, el mundo se le torna, en cuanto se descuida, en una cosa creada exclusivamente para destruir la raza vasca”). Joaquín Adán (“Bilbao, puerto cerrado”) y Ramón de Belausteguigoitia (“Las dos ciudades”) son los más críticos: para el primero, la guerra europea ha afianzado en el poder una clase industrial y política de escasos horizontes; el segundo compara con melancolía la primera generación de la industrialización de la ría, “hombres de pelo en pecho, *self made men* hechos por sus propias manos, antisentimentales, de franqueza bravía”, con los febles empresarios de ahora, que “no han sabido hacer periódicos de altura, no han sabido hacer una universidad, no han sabido enviar sus hijos al extranjero a empaparse el espíritu de ciencia y técnica”.

Hermes fue un sueño de armonía que apenas sobrevivió a las vacas gordas que lo hicieron posible. No careció de contradicciones internas, ni, por supuesto, de fragilidad entitativa. Pero su lección de estética y de entusiasmo, su fervor por lo moderno y su fidelidad a lo más amable del pasado es una permanente lección contra los fundamentalismos parroquiales que, hoy como ayer, siguen bajando de las campas hasta Bilbao.